

solvió por unanimidad que si  
iban plátanos crudos nadie los  
an la señal de romper filas,  
la cáscara en una mano y el  
dar la señal de romper filas,  
dable guerrilla, y así se hizo.  
on los primeros a quienes aco-  
mprendimos unos contra otros.  
onsieur François sintió el bo-  
a y se asomó al patio; los que  
tra él y tuvo que cerrar la  
ecibido unos cuantos platana-  
arrastrados y suclos, pues del  
ara continuar el combate.  
enta de que algo extraordina-  
salió al corredor del piso alto;  
e empezó a gritar, pero nadie  
a campana y se dieron cuenta  
a presencia, pero en lugar de  
contra él y lo hicieron tocar

ate, las paredes del piso bajo  
rquería y con los rastros de  
sotana del vigilante Guevara  
eron muy bien libradas de la

e el rector nos iba a meter un  
imponer algún castigo extra-  
con el vigilante Guevara y éste  
o de la protesta. Probablemente  
amos razón y desde ese día no  
átanos crudos.

### *Una Misa Pontifical.*

Por primera vez iba a celebrar de pontifical el nuevo obispo de Costa Rica, monseñor Bernardo Augusto Thiel, el 24 de diciembre de 1880, en la Catedral.

El seminario estaba en vacaciones y algunos de los padres lazaristas que lo dirigían estaban pasando los asuetos en el pueblo de San Isidro.

A algunos de los seminaristas residentes en San José, a mi hermano Jorge y a mí que permanecíamos en el seminario, nos comprometieron para que sirviéramos de acólitos en la misa pontifical. Previamente nos ensayó las ceremonias de la misa pontifical el padre Jenaro Marino. Nos hicieron sobre medidas unas sotanas de paño rojo y los roquetes respectivos. El día de nochebuena a las 11 de la noche nos fuimos para la catedral y ya revestidos esperámos la hora de la misa que era a las 12.

La misa resultó espléndida y nosotros desempeñámos cada uno el papel que nos correspondía, con toda precisión; a uno le tocaba llevar el báculo, a otro la mitra, a otro la palmatoria, etc.

Mr. François tenía orden de abrimos la puerta cuando regresáramos de la misa, pero cuando regresáramos al seminario se nos ocurrió irnos a pie al pueblo de San Isidro donde estaban los padres superiores.

Había una luna espléndida; al pasar por los ranchos que había a lo largo del camino, infaliblemente salían a saludarnos los perros de la casa.

Nosotros no lleváramos ni un palo con qué defendernos de las acometidas de los perros y los ahuyentáramos tirándoles piedras.

Ya habíamos andado la mitad del camino cuando